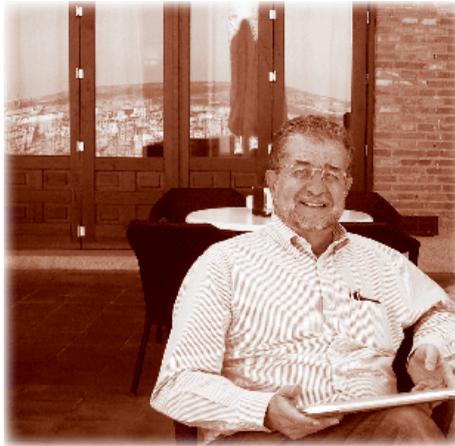


ENTREVISTA A JOSÉ ANTONIO PASCUAL, VICEDIRECTOR DE LA RAE

ÁNGEL CERVERA RODRÍGUEZ, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Recibido: febrero/ Aceptado: abril 2013

José Antonio Pascual es académico, filólogo y excelente lexicógrafo, es decir, toda una autoridad en el campo de la lexicografía moderna. “Es un catedrático de referencia en la lexicografía histórica española”, dijo García de la Concha, con motivo de su elección como miembro de la RAE. Es coautor, junto



José Antonio Pascual, Toledo, 2013.

con el insigne filólogo Joan Corominas, de una de las más importantes obras clásicas de la filología española: el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (seis volúmenes), y del magnífico *Diccionario Salamanca de la lengua española*, junto con Juan Gutiérrez Cuadrado. En la actualidad es el director del *Diccionario histórico* que está preparando la RAE y autor de numerosas obras y trabajos sobre la estructura de los diccionarios, la lengua del siglo XV y del Siglo de Oro, sobre las traducciones de textos medievales, sobre cuestiones de fonética y morfología históricas, el contacto de lenguas, la historia del léxico español, la evolución de los estudios de lingüística histórica en España, el concepto de cambio lingüístico, además de impulsor de muchos proyectos lexicográficos.

Su último libro titulado *No es lo mismo ostentoso que ostentóreo. La azarosa vida de las palabras* (2012), publicado por Espasa Calpe, versa sobre la historia de las

palabras, es decir, es una reflexión o un estudio razonado sobre las palabras. Se trata de un ensayo en el que se explica con estilo ameno y sabia pluma la azarosa historia de algunas palabras, a la vez que anima a no desalentarse por los errores que se cometen al hablar o escribir. En palabras del autor, “no es la equi-

vocación el mayor peligro para nuestra lengua, sino la persistencia en ella”. Consigue mostrarnos –con sutil ironía y buen sentido del humor, pero también con una precisión admirable y un amplio repertorio de citas ilustres–, cómo se forman las palabras, cómo se desarrollan semánticamente, cómo se combinan, cómo entran a formar parte del uso y qué futuro les espera, teniendo siempre en cuenta al usuario de la lengua. Por esta razón, mantiene la idea de que los problemas que afectan a algunas palabras “no terminan en el diccionario”; así explica, por ejemplo, que el lector verá que “recordar” fue sinónimo de “despertar”, y de ahí el comienzo de las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique: *Recuerde el alma dormida,/ avive el seso y despierte*. Y añade que ese “recordar” por despertar se oye hoy en algunos pueblos españoles y americanos, y está en Borges (*Hubiera preferido recordarse con el sol ya bien alto*). Así las palabras están expuestas en el uso

y sometidas a cambios, como sucedió con “aderezar”, que en *El Quijote* se aplica a una lanza estropeada y en la actualidad se asocia con alimentos “aliñar una ensalada”. Estamos, pues, ante uno de los maestros de la lengua española y uno de los más grandes conocedores del léxico español.

Como buen conocedor del léxico español, ¿Qué formación se le debe exigir al lexicógrafo que inicia con tanta transformación tecnológica?

En principio una formación pretecnológica. La técnica, o la tecnología, es una condición necesaria, pero no suficiente, de forma que no puede sustituir al conocimiento filológico y lingüístico. Hoy mejoraríamos notablemente el diccionario de Corominas con el recurso a la técnica informática, pero sin un Corominas al frente de él, esa técnica no serviría absolutamente de nada.

Pero ¿ha cambiado mucho la técnica lexicográfica desde la elaboración del diccionario de Corominas?

Evidentemente. Para empezar contamos con datos que cambian radicalmente las posibilidades interpretativas de una realidad que antes teníamos que suponer y ahora se nos presenta con una enorme claridad. He contado recientemente en un libro que en el diccionario de Corominas nos conformábamos con registrar *aberrar* fechándolo y prescindíamos de *aberración* y *aberrante*. Actuábamos así porque en nuestras fichas contábamos solo con la fecha de cuando *aberrar* entró en el diccionario académico; inducíamos de ello que, a partir de este verbo, se habían formado sus derivados *aberración* y *aberrante*, de los que no era necesario ni dar cuenta, por adaptarse a las posibilidades morfológicas de nuestra lengua. Ahora sabemos, solo con consultar los corpus de la Academia, que todo empezó con *aberración*, pasando del terreno de la física al de la lengua común y que *aberrar* ha sido de hecho una palabra desconocida para casi todo el mundo. Es un solo ejemplo

para mostrar que la enorme cantidad de datos con que contamos en la actualidad permite que al fin la filología se haya convertido en una de las columnas sobre las que se ha de asentar la lexicografía histórica.

Pero la técnica no solo nos ha surtido de una masa considerable de datos, sino que ha servido para facilitar el trabajo de redacción e ir incluso más lejos de donde podía llegar la lexicografía tradicional, pudiendo estudiar por fin las palabras, no de una manera aislada, sino en la red de relaciones que se establecen entre ellas.

Con buen criterio has afirmado en otro medio de comunicación que el léxico pasivo es aquel que forma parte de nuestra comprensión, un vocabulario que conocemos, pero no usamos habitualmente. Ahora bien, ¿qué método puede resultar más eficaz para incrementar el vocabulario de los hablantes?

El léxico pasivo lo conforman aquellas palabras que no empleamos, pero que normalmente podemos entender por medio del contexto; tanto las que se utilizaron en el pasado como las que emplean en el presente otras personas. Si leemos en una traducción argentina de mediados del siglo pasado que las bombas estallaban en *los rieles* del ferrocarril, para lo que nosotros llamaríamos *raíles*, u oímos a un amigo americano referirse a una escalera *angosta*, para lo que a nosotros emplearíamos *estrecha*, o vemos que Jorge Ibargüenegoitia se refiere a una *silla de palo* por una silla de madera y Galdós a unas *escaleras de palo* y hasta a unos *transparentes* de una ventana, por unos *visillos*, u oímos en un programa de radio referirse a un *chinerro*, que es una especie de *albacena*, vamos encontrándonos con palabras que somos capaces de entender, pero que quizá no las empleemos. Ahí están a nuestra disposición, para lo que queramos hacer con ellas. Al menos para que nos demos cuenta de que existen, pero también para apropiarnos de ellos, como hice un día con la voz *acaecer*, em-

pleada por una amiga, y como pienso hacer ahora con la voz *chinero*, que había dejado de emplear hace tiempo.

Estos tesoros para ejercer nuestro derecho de elección en el uso lingüístico no se encuentran solo en los libros, sino también en la boca de las personas que saben jugar con ella. Para lograrlo hemos de romper con la prisa, con la desatención, con la incapacidad de escuchar, con la inercia de mantener la televisión encendida a todas horas, con la dependencia del teléfono celular (recientemente, en una reunión con veinte personas, la mitad de ellas atendían más a sus *telefoninos* leyendo y escribiendo mensajes que a lo que se estaba diciendo). Y desde luego hemos de liberarnos de ese *tun, tun, tun*, que se escapa de tantos auriculares a los que permanecen pegadas bastantes personas, que cuando nos tocan en el asiento de al lado, en el tren o en el autobús, infligen una verdadera tortura a nuestros oídos.

En definitiva, para activar el léxico que está a nuestra disposición hemos de leer, pero también saber escuchar. Aunque, sobre todo, hemos de sentir el gusto por recuperar todas las palabras posibles para nuestro uso, para disfrutar con ellas. Es algo que, como el aire que respiramos, no suele interesar mucho, quizá porque no cuesta nada.

¿Consideras que son los medios de comunicación, sobre todo los audiovisuales e internet, los que ejercen una influencia determinante en la divulgación y arraigo de neologismos como “eurozona, ciberespacio, interfaz”; préstamos como “leasing, twitter, chat”; e incluso de barbarismos mediante el procedimiento de derivación

propio de la lengua como “hipotizar, procesionar, preguntero”?

Sin la menor duda. De aquel camino de Santiago o de los barrios francos de nuestras ciudades de donde saltaban de vez en cuando los galicismos a nuestra lengua, hemos pasado a estas sorprendentes pis-tas por las que circulan a grandísima velocidad miles de neologismos. ¿Cómo no se nos van a colar cientos de ellos?

La lengua es una institución social dinámica y permeable, pero ¿cuál es el proceso de admisión de un término nuevo y cuáles son los límites para ser aceptado o rechazado por la Academia? ¿Qué importancia tienen la procedencia y el registro?

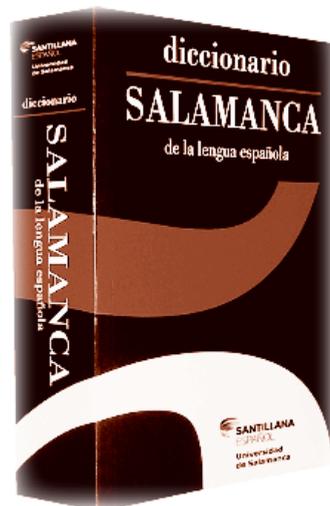
El uso, reflejado en la frecuencia de las palabras y en su dispersión por los distintos

tipos de textos. No se trata, pues, solo de que una palabra tenga una alta frecuencia, sino de que su uso no se reduzca a un determinado tipo de textos. Claro que las posibilidades de marcar en el diccionario el ámbito concreto en que se emplea una voz, permite la adopción de tecnicismos o incluso de palabras cuyo uso no nos parezca recomendable, por muy extendido que esté. En el ámbito de lo dialectal se marcan igualmente las palabras y acepciones, pero se intenta

que el empleo no quede reducido al de una pequeña región de un solo país.

Sabemos que el inglés es la lengua de comunicación internacional y que el español es una de las lenguas de mayor peso en el mundo. ¿Qué opinas del devenir del español en un momento en que están despegando otras lenguas como el chino mandarín?

Soy de aquellos historiadores extremadamente cautos con la prospectiva. Siempre me



he equivocado en mis predicciones --debo ser, por ejemplo, de los pocos que no se dio cuenta de la que se nos venía encima con los bancos—. Y para confirmarme en la dificultad de hacer una predicción, me pregunto por ¿quién le iba a decir al francés hace un par de siglos que un día terminaría el inglés ganándole la batalla? Ciertamente no somos los hispanohablantes los primeros de la clase y no podemos aspirar por ello a que se la nuestra la lengua en que se difunda la ciencia. Pero, no obstante, resulta muy confortable su empleo, por la cultura que sustenta, por su literatura y hasta por la posibilidad de que nos entendamos por medio de ella en tantos países.

Hay personas obsesionadas porque se amplíe cada vez más el uso del español en el mundo, pero para ello es muy poco lo que podemos hacer los filólogos. Para lograrlo, bastaría con que nos llenemos en los países en que se habla español de premios nobel de química, física, medicina, etc. Y de ahí pasásemos a tener las economías más saneadas del mundo, así como unas democracias dignas de imitación...

Tu reciente libro, publicado en Espasa Calpe, con el título No es lo mismo ostentoso que ostentóreo. La azarosa vida de las palabras, lo considero como un atractivo

ensayo repleto de ingenio y sabiduría con citas, anécdotas y curiosidades, aunque no te atreves a definirlo al situarlo a medio camino entre la novela y el ensayo, ¿por qué? Entenderás que me encante la amabilidad de tu opinión sobre el libro. La razón de la imprecisión del género a que pertenece es que no lo he concebido como un tratado científico --y ni siquiera como un ensayo-- organizándolo por apartados que mantuvieran una cierta coherencia, sino que me he puesto a escribirlo en un par de veranos siguiendo lo que se me ocurría sobre una palabra --que casi siempre me venía de algo que estaba leyendo-. Ella me llevaba a enfrentarme con otras que se movían por los mismos derroteros. Hay un cierto orden, --creo--, pero es el orden al que me ha llevado la propia vida de tantas palabras que aparecen como personajes por el texto. Este es un libro dedicado a la vida de unas cuantas palabras, que son sus protagonistas, y no una mera ejemplificación de unas cuantas ideas sobre nuestra lengua.

En la portada del libro das más importancia a la anécdota que al núcleo, ¿es esa la razón del título? Para un lector parece más atinado el título La azarosa vida de las palabras y como subtítulo No es lo mismo ostentoso que ostentóreo ¿A qué se debe, pues, el cambio?

Tienes razón. Ese *ostentóreo* es lo accidental, al menos desde una idea del uso lingüístico basado en la lógica. Cuando nos ponemos en el plano comunicativo se suele destacar muchas veces lo accidental para llamar la atención del lector. Es esa una condición de los títulos de los libros que muchas veces buscan solo sorprender. ¿Crees que se detendría alguien que no fuera de los nuestros, en la librería de una estación de ferrocarril, ante un libro que se titulara *La azarosa vida de las palabras*? Dotar a las palabras de vida puede servir de gancho para ti o para mí, difícilmente para una persona que busca solo algo con qué entretenerse. Y yo he querido hacer un libro entretenido.



Sé que a mucha gente no le gusta el título –me lo han dicho por escrito–, pero fue un consejo de los editores con el que me siento solidario. Aunque no te voy a ocultar que en mi subconsciente quizá esté tratando de contribuir por medio de ese título a que *ostentóreo* pierda la mala prensa que tiene y entre de una vez en el diccionario.

En los últimos años el trabajo conjunto de la Academia y el de la Asociación de Academias de la Lengua Española ha sido espectacular con publicaciones de relieve como la Ortografía, el Diccionario panhispánico de dudas, el Diccionario esencial de la lengua española, La nueva gramática de la lengua española o el Diccionario de americanismos. ¿Qué nuevos proyectos tiene por delante a corto y medio plazo? ¿Para cuándo estará el Diccionario histórico, que diriges?

Sinceramente no lo sé. Basta con que te diga que no tenemos cien lexicógrafos, ni cincuenta, ni veinte, ni diez, ni cinco... Son dos los lexicógrafos que trabajan en esta obra, mano a mano con su director y su subdirectora. ¿Crees que así puedo hablarte de plazos? Aunque sí puedo decirte que de la calidad de lo logrado hasta este momento vamos a dar cuenta en breve a través del portal de la Real Academia Española, presentando un grupo importante de palabras.

Actualmente eres vicedirector de la RAE desde 2007 y miembro desde 2002. Si próximamente fueras elegido director de tan docta casa, ¿qué proyectos considerarías prioritarios aparte de publicar el Diccionario histórico del que eres director? En el imposible de que pudiera ser elegido director y en el más imposible aún de que aceptara esa elección, me fijaría, por un lado, en refinar desde el punto de vista filológico los corpus de la Academia. Me fijaría también en la digitalización de todas las ediciones del diccionario académico, cruzando esa información con toda de la que se dispone en la Academia y fuera de ella,

referida a los cambios y correcciones de las palabras y acepciones que han ido entrando y saliendo de cada una de ellas. Es la mejor radiografía de la evolución del léxico a lo largo de un poco más de dos siglos, aparte de que sería un instrumento idóneo para corregir el diccionario actual, despojándolo de algunos inventos del pasado.

Notarás que he empleado el verbo *fijarme en*; he evitado cuidadosamente el verbo *hacer*. Entre uno y otro existe la distancia que supone contar con los fondos necesarios para lograrlo, o no. Esa es la tarea fundamental que afronta el director actual y que ha de seguir afrontando el del futuro.

¿Qué futuro le auguras al libro impreso en competencia con el digital, el electrónico, etc.? ¿Cómo se publicarán las siguientes ediciones del DRAE?

Quien tiene, como te decía, una incapacidad innata por prever el futuro, no es fácil que te responda con acierto. Creo que las novelas policíacas y toda esa literatura menos trascendente, en la que buscamos información que nos interesa en un momento o mera diversión, la leeremos en las que sean las sucesoras de las actuales *tabletas* (hay quien preferiría *tablillas* y lo entiendo). En ellas o en los teléfonos consultaremos los diccionarios y enciclopedias. El *Rojo y negro* o el *Quijote* o *La divina comedia* o los versos de Gamoneda pienso disfrutarlos en papel.

¡Pero vete a saber cómo serán las cosas en el futuro! Aunque sean como sean, me temo que al diccionario académico le aguarda solo una edición más en papel.

¿Está la tecnología empobreciendo el idioma? ¿Qué se le puede reprochar a los medios y editoriales en cuestiones relativas al correcto uso del lenguaje a pesar de los libros de estilo de que algunos se dotan? ¿Qué influencia pueden ejercer los SMS o el WhatsApp en el buen uso de la lengua oral, pero sobre todo de la escrita?

La técnica no tiene por qué no favorecer a la lengua. Si puedes consultar el dicciona-

rio desde tu teléfono, tendrás más seguridad que la que tenías antes para resolver una duda. No dejemos la responsabilidad a la técnica de aquello que son responsables los hablantes.

Con respecto a los *sms*, pertenecen a un género distinto del tipo de escritura que tomamos como normal. No tienen estos pequeños mensajes por qué interferir en los otros, como no interfieren en ellos los telegrafistas o los taquígrafos con sus peculiares maneras de escribir.

¿Ha acertado la Academia en los cambios introducidos en la Nueva Ortografía (2010) como el de la supresión del acento gráfico siempre de “solo, guion, este, ese, aquel”? ¿Cómo puede enseñar un profesor a sus alumnos estos cambios si no se respeta a nivel general? Y, al hilo de esta pregunta, ¿cómo explicas una frase textual tuya: “Haz lo que te parezca: hay reglas que cumplir, pero no son las de la RAE”

Yo no me fijo en la razón de las reglas ortográficas, sino en un hecho previo: sean las reglas las que sean, lo fundamental es que tengan una aceptación general. No es difícil entenderlo desde un planteamiento sociolingüístico.

Si sacas mis palabras de contexto y dejas de lado todo el párrafo en que aparece esa frase, da la impresión de que he hecho un canto a la anarquía ortográfica, cuando lo que he dicho es lo contrario: que me parece absurdo criticar esas normas y clarinear llamando a la disidencia. Ante tanto escándalo por cosas sin importancia, me he referido a que, a diferencia de las normas de tráfico, que obligan desde el momento de su entrada en vigor, las normas ortográficas, aunque sean obligatorias, no tienen una fecha de entrada en vigor, sino que se van imponiendo poco a poco. De ahí que quien crea que es incapaz de vivir sin la tilde en *este* o en *solo*, no deba preocuparse y pueda persistir en su obsesión, porque, haga lo que haga, las normas terminarán imponiéndose una vez que las aprendan los

escolares. Es lo que ha ocurrido siempre: mi padre mantuvo el acento en *fué* y yo terminé perdiéndolo, adaptándome a una norma a la que a él ya no pudo adaptarse. Pero hubiera sido imposible que mi padre y yo nos hubiéramos basado en normas distintas de tráfico, para conducir un coche.

¿Consideras que el rigor en el uso de la ortografía comporta un dominio controlado de la lengua y que el hábito de la lectura y la escritura fundamentan la capacidad de expresión?

Las cosas son más complejas de lo que parece. He visto cartas de don Ramón Menéndez Pidal con alguna falta de ortografía y me las veo y me las deseo para no escribir *boz* o *mugier* o *magestad* o *vezino*. Hay motivos para que esto nos ocurra a quienes leemos más textos antiguos que modernos. ¿Crees, por otra parte, que una persona que se confunda en algunas de aquellas palabras con las que nos deleitaba el *Miranda Podadera* demuestra incultura? Y si el error lo comete un extranjero, ¿no es preferible que se atreva a escribir en nuestra lengua a que no lo haga? A mi juicio hay errores perfectamente comprensibles, como otros –en número y calidad– que me parecen intolerables. Estos son los que suponen un indicio de incultura y que, por tanto, se han de combatir.

Para terminar, ¿qué les dirías a los profesores de Lengua y Literatura cuya labor es imprescindible para el aprecio y el fomento de la lectura, base de la formación integral de los alumnos?

A estas alturas de la película solo se me ocurre decirles cervantinamente: *paciencia* y *barajar*; o, dicho con palabras de Ángel González, que trabajen *sin esperanza, con convencimiento*. Sin esperanza, porque tal y como están las cosas no es fácil ni en el aula ni fuera de ella lograr que los alumnos lleguen a ser adictos a la lectura; con convencimiento, porque nos va en ello algo tan importante como es escapar a la barbarie.

Verás que no soy muy optimista...